

La tormenta de la masculinidad

Jorge Hernández*

La idea de una “tormenta perfecta” se utiliza para designar una situación en la que diferentes factores coinciden para que una situación genere el mayor daño posible. Teniendo esto en cuenta podemos decir que la masculinidad tradicional es una tormenta perfecta de violencia de género. Es preciso aclarar que no es que todos los hombres, sólo por ser hombres, sean agresores. No es una condición absoluta que nos transforme en criminales a todos. Se trata de una serie de factores intrínsecos a la masculinidad tradicional que nos coloca en una posición en la que puede ser muy fácil convertirnos en agresores.

Empecemos por decir que vivimos en una sociedad machista, donde las relaciones de poder entre hombres y mujeres son una dialéctica de dominación; los polos opuestos se jerarquizan y uno domina al otro. Esta es una realidad que no se puede negar. En la sociedad del patriarcado se nos dice que los unos dominan a las otras y la identidad de género se construye alrededor de esto.

La masculinidad tradicional se construye para dominar. Por eso mismo es que el ejercicio del poder es la base de la identidad masculina. La validez de un hombre está en función de su capacidad para el ejercicio del poder. Si no se puede ejercer poder de alguna manera, no se es un hombre “de verdad”. Esto tiene la consecuencia directa de llevarnos a una perenne lucha por demostrar nuestra hombría, a justificar nuestra condición de varón como un constante ejercicio de dominación sobre alguien más. Este es el primer factor de nuestra tormenta: el ejercicio del poder como base de la construcción de la masculinidad.

El segundo factor son los roles y estereotipos de género. Estos son las formas en que socialmente aprendemos qué es y cómo debe comportarse un hombre y una mujer. Los hombres son fuertes, las mujeres débiles; los hombres son racionales y las mujeres emocionales, los hombres son proveedores y las madres dadoras de vida. Ese tipo de cosas.

Estos roles y estereotipos son la forma en que el sistema de jerarquización produce y reproduce los lineamientos básicos de conducta y ordenamiento social y al mismo tiempo los justifica. “*Las mujeres son emocionales y los hombres racionales, por eso es que los hombres son mejores líderes*”. Es un esquema de pensamiento tan rígido y fuerte que se convierte en un dogma, se vuelve incuestionable desde dentro.

Un tercer factor es la supresión de la expresividad emocional. Las emociones, nos dice la masculinidad tradicional, son cosa de mujeres. El hombre es racional y la mujer emocional, nos dicen, y para poder interpretar nuestro papel debemos mostrarnos de esa manera. No es que los hombres no tengan emociones, sino que deben esconderlas. Si se expresa alguna emoción se está en peligro de ser aquello que un hombre no debe ser: emocional como una mujer. Hay que tener cuidado si se expresa cariño, ternura, alegría, tristeza y todas las demás. Todas excepto por una: la agresividad.

La agresividad es una respuesta emocional que involucra conductas de defensa, ataque, lucha, defensa y huida. Denota una respuesta conductual que se manifiesta en estados emocionales como la cólera y el temor. Esta es la única forma en que la masculinidad tradicional le permite al hombre la expresión de una emoción. De esta cuenta, los hombres aprenden a utilizar esa única herramienta para realizar todo el trabajo. Es decir, aprenden a expresar todas sus emociones de forma agresiva.

El último factor en esta tormenta perfecta de violencia de género es la violencia en sí. Esta sirve como un puente entre las tres anteriores, uniéndolas y resonando con todas y cada una, para incrementar su fuerza. La violencia es un acto deliberado que busca lastimar, física o psicológicamente, a otra personas. Es una herramienta de dominación, una forma del ejercicio del poder, y como tal se enraíza en la construcción de la masculinidad misma.

Históricamente la violencia ha sido una herramienta para lidiar con quienes no se someten a las normas sociales; la violencia se ha ejercido con quienes se atreven a salirse de su lugar asignado en la jerarquización social. Si se aprende que la violencia es una herramienta que puede o debe usarse en situaciones así se facilita el uso de la violencia hacia alguien que no cumple con sus roles de género.

Por último, la agresividad le pavimenta el camino a la violencia. Cuando la agresividad es nuestra de expresión de las emociones forma por excelencia, nos vamos desensibilizando. Si aceptamos que los hombres “somos bruscos y toscos” se difuminan los límites de la violencia al relacionar formas discretas de violencia como la “brusquedad natural” del hombre. Es decir, si todos los hombres somos agresivos, es difícil ver cuando empezamos a ser violentos.

¿Qué nos queda ante esto? Pues nos queda desaprender lo aprendido y dejar de reproducirlo, buscar nuevas ideas que nos ayuden a replantearnos nuestra identidad de género. Nos queda permitirnos la ternura sin sigilo, expresar nuestras emociones de formas más adecuadas y sin trabas. Nos queda atrevernos a salirnos de nuestra caja y romper con los estereotipos de género. Nos queda irnos desprendiendo poco a poco de esa necesidad de ejercer poder y abrirnos a una construcción de la masculinidad mucho más horizontal. Pero sobre todo nos queda la esperanza de que si nos atrevemos a sacar la tormenta de nosotros mismos nuestros hijos no tengan que preocuparse por ella.

* Coordinador • Nuevas Masculinidades
MIA • Mujeres Iniciando en las Américas
nuevasmasculinidades@miamericas.info
<http://miamericas.org>
<https://www.facebook.com/miamericas>

